

S. J. Diego Barros Arana.

ANUARIO

DE LA

UNIVERSIDAD CATÓLICA

DE

SANTIAGO DE CHILE

TOMO PRIMERO

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"DIEGO BARROS ARANA"

DESDE 1888 HASTA 1897

**SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA CERVANTES**

BANDERA, 50

—
1903

cación cristiana, en un tiempo en que los peligros de la falsa ciencia son tan grandes y tan numerosos, *es ciertamente el mejor uso que se puede hacer de la riqueza.*»

La última será recordaros que la hermosa festividad del presente día nos está invitando á elevar nuestras miradas hacia e excelso trono de María, y á pedirle que se digne asociar los destinos de la institución que va á nacer de la presente Asamblea á los suyos gloriosos. Roguémosle que bendiga y mire desde hoy como suya nuestra obra, para que sea como aurora luciente, que se levanta en el cielo de la patria anunciando la era de redención por que suspira.

DISCURSO

DEL SEÑOR DON ABDÓN CIFUENTES, PRESIDENTE GENERAL
DE LA UNIÓN CATÓLICA DE CHILE

Illmo. señor:

Señores:

Yo también vengo á celebrar la buena nueva; vengo á unir mis aplausos á los vuestros, porque se inicia una grande obra. El solícito Pastor de nuestra Iglesia nos convida y nos exhorta para levantar una nueva columna en el magnífico edificio de esa poderosa civilización con que el cristianismo ha enaltecido al mundo; de esa civilización que ha enriquecido á las naciones cultas de la tierra con tesoros de verdad, de justicia y libertad, de que carecen por completo los pueblos que no han recibido el Evangelio.

La Universidad Católica será un elocuente testimonio de que la Iglesia de Chile es una hija fiel á las más honrosas y constantes tradiciones de la Iglesia Universal; porque casi todas las universidades del mundo, establecidas desde su origen bajo la autoridad de los Sumos Pontífices ó, por lo menos, con su aprobación y su concurso, han sido monumentos gloriosos que atestiguan el ardiente celo de los Prelados de la Iglesia por la edu-

cación de la juventud; por la conservación y progreso de las ciencias y las artes.

Ese celo ha ido tan lejos que durante largos siglos los establecimientos de enseñanza fueron considerados como un acto de religión, y por eso ha llegado hasta nuestros días la costumbre, en la organización de los servicios administrativos, de unir la instrucción pública al ministerio de los negocios eclesiásticos.

Sí; desde que la Iglesia recibió aquel mandato soberano: "*Id y enseñad á todas las gentes*", la enseñanza ha sido para ella uno de sus deberes primordiales, un acto de religión y caridad, cuya ejecución incesante ha venido formando la civilización moderna.

De ahí han nacido esas maravillosas creaciones que sólo la Iglesia Católica ha sabido formar en todos los siglos, cuyos insignes servicios prestados á las ciencias y á las letras, á la instrucción y educación de los pueblos, no hay memoria que baste á recordar, sobreabundan de tal modo que llegan á fatigar la imaginación y la historia.

Desde las escuelas de Efeso, Smirna y Alejandría, fundadas por San Juan Evangelista, San Policarpo, San Clemente y Orígenes; desde las escuelas abiertas en el fondo mismo de las catacumbas, cuyas aulas contemplamos todavía; desde los innumerables decretos de los primeros Concilios que fundaban en Europa la educación pública y gratuita; desde los Benedictinos, en fin, hasta los Jesuítas y Barnabitas, hasta los Escolapios y los Hermanos de las Escuelas Cristianas, hasta los Hermanos de San Francisco Javier y los Salesianos, la historia de la Iglesia es la historia incesante de los más dilatados servicios y de los más gigantescos esfuerzos hechos por ella, en aras de la civilización del mundo.

Siguiendo esas huellas, la Iglesia de Chile no ha perdonado sacrificios en favor de la educación de la niñez: sus Prelados, sus congregaciones religiosas, sus establecimientos de caridad y hasta sus institutos de mera piedad y devoción, se han esmerado en sostener escuelas y colegios, á pesar de los obstáculos que á estos últimos opone el atentatorio y monstruoso monopolio que el Estado se atribuye en la enseñanza, y que sofoca

y ahoga entre nosotros los más nobles y generosos esfuerzos de la iniciativa individual ó colectiva de los ciudadanos. A pesar de esta montaña que la oprime, esa iniciativa, animada del espíritu católico que sabe hacer brotar agua de las rocas, se ha abierto paso, como la yerba por entre las grietas de las peñas, y ha fundado establecimientos de enseñanza que son un testimonio vivo de su inagotable y creadora fecundidad.

Hoy se nos llama para continuar esa labor de civilización y de progreso, para completar y perfeccionar aquella obra con una Universidad Católica que, como tantas otras, esté cubierta con el manto episcopal y bajo los auspicios del Pontífice León XIII, como para que la obra de hoy lleve el mismo sello que llevó en el siglo XII, la primera Universidad que conoció la Europa. Porque la primera corporación docente que llevó este título, la Universidad de París, lo recibió del Papa Inocencio III al otorgarle éste las concesiones que le hizo.

Bendecidos sean por la gratitud pública, los dignos Prelados que hoy inician tan nobilísima empresa y todos los que con su desprendimiento y concurso generoso la realizarán mañana. Desde el fondo del alma los bendigo y los aplaudo, no tan sólo porque las ciencias y las letras son la más alta expresión de la cultura de un pueblo, sino también porque la nueva Universidad se propone realizar una idea que siempre he contemplado como un beneficio inestimable para nuestro país. Hablo, señores, de la Facultad de Artes é Industrias que ella se propone crear, como punto muy principal de su programa.

Desde que la instrucción literaria se ha puesto al alcance de casi todas las clases sociales, se ha despertado, sin duda, una noble emulación por los estudios y muy especialmente por las profesiones liberales, que han venido seduciendo á todos con sus esperanzas de brillo y de lucro. Mas, aparte de que esas esperanzas van siendo cada día más ilusorias y engañosas, debemos observar que aquella instrucción, modelada por la fuerza del monopolio universitario del Estado, en los sistemas y métodos oficiales, deja mucho que desear.

Esa instrucción se resiente enormemente del exclusivo predominio de la teoría y de un abandono casi completo de sus aplicaciones á la práctica. Se enseñan la nociones de muchas

ciencias; pero, tan especulativamente y tan sin aplicación á las infinitas ramas de la industria humana, que no prestan servicio alguno á la mayor parte y precisamente á la parte más necesitada de la juventud que las adquiere; ni menos es capaz de dar, como pudiera, impulso vigoroso á la prosperidad de un país, como el nuestro, nuevo y por lo mismo escaso de las fuentes de riquezas que en otras partes crea y explota día á día el mundo de las artes industriales.

Pedro es un excelente herrero. Con su trabajo inteligente y ejemplar honradez ha logrado formar una familia y un hogar modesto pero holgado. Su hijo mayor ha seguido la corriente del uso; ha estudiado humanidades y en seguida leyes. Pero, su inteligencia, que parecía muy distinguida para la mecánica, no es ni mediocre para las letras. Á duras penas llegó al bachillerato, pero, el derecho lo fatigó de tal manera, que al fin le sucedió lo que acontece á tantos: desertó del colegio. Su imaginación juvenil y el contacto con compañeros más afortunados, hicieron germinar en su corazón mil aspiraciones tentadoras. Anhela un rango social y un mundo de goces que, como Tántalo, divisa sin poder alcanzar.

Su padre lo invita á que aproveche sus felices disposiciones para la mecánica, en la prosperidad de su establecimiento; pero, el joven desecha con horror esas proposiciones que le parecen humillantes. Sus ensayos poéticos, sus lecturas romancescas, su bachillerato, en fin, son, á sus ojos, incompatibles con el fuelle y con la hornilla, con el yunque y el martillo. Prefiere dormir y soñar, leer y vagar.

Pero, como esta moneda no se recibe en el mercado, nuestro bachiller va y viene en busca de una posición social. Un empleo público colmaría sus deseos; pero, la empleomanía es una plaga que repleta las oficinas. Hay varazón de aspirantes y su ilusión se desvanece.

Puesto que te llevas escribiendo, dice el padre, busquemos siquiera un destino de escribiente. Aceptado; pero, la escritura de nuestro bachiller es la misma de todos nuestros bachilleres una escritura arábiga ó chinesca que ocasiona un nuevo fracaso.

Pues entonces, un destino en el comercio. Pero, nuestro lite-

rato no sabe llevar libros, no conoce la legislación comercial, y, sobre todo, con su escritura chinesca encuentra cerradas todas las puertas. La situación va siendo desesperante.

Un día el padre va radiante de alegría. Ven acá, dice á su hijo; al fin saldremos de cuidados. Hay dos destinos para ti: uno en la tintorería con cien pesos mensuales de renta y otro en la fábrica de fósforos con doscientos! Aquí llegó el caso de lucir tu premio de química y de poner la cartilla en la mano á esos chapuceros. Ya viste lo que pasó con el vestido de tu madre que volvió de la tintorería más viejo y ajado de lo que iba. Ya viste también lo que pasó con los fósforos y con mi manía de proteger la industria nacional y mi orden para no comprarlos sino en la fábrica chilena. Ya viste cómo fué preciso revocar la orden; porque para encender un fósforo había que gastar una caja entera. Pues ahora tú puedes ganar dinero y mejorar esas industrias con tus conocimientos.

La diligencia se hace, pero en vano. El joven no se encuentra ni elementalmente preparado. Su química, como la de sus compañeros, consiste en muchos nombres, muchas divisiones de cuerpos, especies y géneros; mucha teoría; pero ¿práctica? ¿aplicaciones á la industria? Ninguna. . . .

¿Qué sabes entonces? grita el padre al joven con aire del más amargo reproche.

Sé lo que me han enseñado.—Sí, á corregirme todo lo que hablo y á leer novelas, pero no á trabajar ni á ganar un centavo, y reniego de una sabiduría que no sirve á los que la reciben.

Esta situación, que no satisface al padre ni al hijo, engendra con frecuencia en ese hogar, dramas domésticos que roban la tranquilidad á la familia y á veces llegan á amenazar su bienestar y su honor, adquiridos á tanta costa. Más de una vez, padre é hijo, la familia entera han llegado á maldecir de una instrucción que produce tan pocos ó tan malos frutos.

Un día el joven se me acerca en solicitud de un destino y me pinta su angustiada situación. No tuve destinos que ofrecerle y le ví alejarse, llevando en su alma toda la desolación del que ha perdido su última esperanza. Días después le divisé perorando al pueblo, y desahogando su reconcentrada cólera.

De este cuadro, señores, hay, con variedad de accidentes, co-

pías infinitas en nuestra sociedad: unos más cómicos, otros más trágicos y más sombríos; pero todos deplorables.

El hecho es que la inmensa mayoría de los alumnos en nuestros liceos de primer orden y casi la totalidad de ellos en los de segundo, abandonan los estudios antes de recibir los grados. De doscientos compañeros que comienzan en el Instituto un curso de humanidades, llegan juntos al bachillerato treinta ó cuarenta, y al título profesional ocho ó diez. Los demás van quedando rezagados ó abandonan el colegio, porque su escasa fortuna ó su falta de aptitudes no les permite soportar las dilaciones ó vencer las dificultades de las altas profesiones liberales.

Millares son los que invaden los templos de Minerva; pero, como las vocaciones literarias son escasas, la muchedumbre abandona á la esquivia diosa, para lanzarse en los mares procelosos de la vida, sin brújula ni rumbo que seguir. ¿Qué caudal y qué aptitudes ha sacado del colegio para las azarosas luchas del trabajo? Algunas teorías de cálculo, de lenguas, de retórica; una tintura de historia y algunos otros embelecocos científicos, que suelen llenar su alma de peligrosos engreimientos; pero, que no la habilita ni robustece para los combates de la vida.

¿Á dónde van esos millares de náufragos de las ciencias y de las letras? Á cultivar los campos tal como los cultivaban sus abuelos, á vegetar detrás de un mostrador, á repletar las filas de la empleomanía ó las filas de la vagancia y de las malas artes; pero, ninguno con conocimientos capaces de realizar un progreso en las ciencias, ni un adelanto en las artes, ni un mejoramiento en la industria.

Las infinitas ramas de la industria que nacen cada día de las aplicaciones de la química, de la mecánica, de la física, no han nacido todavía en nuestro país, y las pocas que se han establecido, debidas á simples aficionados y no á maestros del ramo, viven en un estado tan embrionario que apenas merecen el nombre de talleres industriales, y de seguro que ellos no encontrarían, no digo un maestro, pero ni siquiera un aprendiz en la juventud de nuestros liceos.

En cambio, se han multiplicado los sabios de almanaque, los escritores de bacanal, y hasta los aprendices de socialistas, que

no han podido trepar ni las faldas del Parnaso, pero que no quieren ganar el pan en el humilde oficio de sus padres, y no saben ni pueden ganarlo en industrias más elevadas, porque no las conocen ni de nombre.

Los hijos del pueblo obrero que adquieren alguna cultura literaria, se levantan á una esfera muy superior á la humilde en que nacieron, desprecian la profesión de sus padres, desprecian á sus padres mismos y pretenden un señorío que nada tendría de malo; que, al contrario, cultivaría sus sentimientos de dignidad y pundonor si no los empujase á la ociosidad ó á vegetar en ocupaciones mezquinas y rutinarias, las más veces contrarias á las felices disposiciones que les dió naturaleza. Así llegan á ser tan incapaces de impulsar el progreso social, como de labrarse á sí mismos un halagüeño porvenir. Porque es cosa muy sabida, señores, que de dos genios, uno para la historia y otro para la mecánica, sacaréis dos vulgaridades y acaso dos nulidades con sólo trocar sus papeles. Así es como muchos distinguidos talentos se esterilizan y pierden, para ellos y para la sociedad, por vivir entregados á ejercicios contrarios á su inclinaciones naturales.

Se gastan los dineros del Estado, que son los dineros de todos, en formar bachilleres y doctores, es decir, en aumentar los goces y las aptitudes de los favorecidos de la suerte, que son los menos; y se deja sin profesión ni carrera, sin oficio ni beneficio, á los desheredados de la fortuna, que son los más. Se harta á los que están colmados y que son la excepción, y se desatiende á los pobres que forman la regla. Así los dineros de los más sirven para locupletar el bienestar de los menos.

Si se dejase siquiera á la iniciativa particular la libertad de concurrir á satisfacer la necesidad de las profesiones liberales, la injusticia y el error no serían tan enormes. Pero, no es así; el Estado se reserva, por medio de un monopolio absoluto, esa pesada carga i la responsabilidad de arrastrar á todos, por la autoridad del privilegio y del ejemplo, á seguir caminos errados, rutinarios y perjudiciales.

Hay en ello no sólo una injusticia suprema, sino un grave peligro social. Un sistema de instrucción pública que sacrifica la libertad, y que la sacrifica para crear una organización artifi-

cial, tan poco adecuada á las necesidades del pueblo, tan injusta y desigual, que en beneficio de unos pocos convierte á los más en zánganos de la colmena, va abriendo abismos cada vez más profundos entre las clases sociales, ejerce una influencia desmoralizadora y crea pasiones subversivas.

Tejéis para los privilegiados del talento ó de la fortuna el brillante y lucido manto de las letras; pero dejáis en la desnudez de una profesión honrosa y lucrativa á esos millares de niños que no pueden emplear largos años en su educación; que sólo aspiran á ser negociantes, industriales, agricultores; á esos hijos del pueblo que sólo desean adquirir una instrucción que los habilite para ganar su propio sustento, para ser pronto el sostén y no la carga de su familia.

Señores: es preciso fundar en una vasta escala y de una manera científica la enseñanza industrial del pueblo; es preciso abrir nuevos y variados horizontes á sus vocaciones de actividad y de trabajo; es preciso darle una instrucción más aplicable á sus necesidades, es preciso multiplicar los medios de ganar la vida á esos millares de jóvenes, que serían perversos literatos, pero que pueden ser verdaderos genios en la industria. Aprovechar esas inteligencias y esas fuerzas, que hoy se pierden ó se inutilizan, será prestar á la sociedad un insigne beneficio.

No es concebible, señores, que vayamos á comprar al extranjero hasta los fósforos, hasta los cohetes con que juegan los muchachos, hasta la tinta con que escribimos. No es tolerable que tengamos montañas de azufre en nuestras cordilleras y que en vez de prepararlo y elaborarlo nosotros mismos, vayamos á Europa á comprar el azufre que necesitan nuestras viñas. No es concebible que produzcamos el mejor cáñamo del mundo y no sepamos fabricar con él ni los sacos que necesitan nuestros trigos. No es tolerable que sólo en Chile haya bosques nativos de Quillay y Boldo y que sea tan estupendo nuestro atraso industrial, que enviemos á Europa nuestro oro para comprar las tinturas y los extractos de Boldo y de Quillay.

Así es como la fatal tendencia y la corriente de la moda que crea un errado sistema de instrucción, priva á Chile de millones que envía al extranjero y que debían quedar en el país, y priva á nuestros nacionales de mil carreras y profesiones lucrativas

que labrarían su riqueza propia y la riqueza nacional. Así es como de esta nuestra ignorancia industrial, podríamos decir lo que el poeta dijo de la avaricia:

Que deja, en la riqueza, pobre al dueño.

Todos quieren ser literatos y doctores. Buenos son ellos, cuando son buenos; pero, como esa corriente del uso, creada por el molde de la enseñanza oficial, pierde á tantos, yo os digo, señores; menos compendios de enciclopedias ambulantes y más trabajo, menos retóricos y más industria, menos sofistas y más ingenieros, menos teorías y más ciencias aplicadas: eso es lo que este país nuevo y laborioso necesita para acrecentar su riqueza, su prosperidad, su bienestar.

Esta es la grande obra que la Universidad Católica se propone realizar, creando su facultad de artes é industrias, para formar comerciantes, arquitectos, constructores, ingenieros-químicos, ingenieros-mecánicos, ingenieros-agrícolas, para dar, en fin, la mayor amplitud posible á la adquisición de los conocimientos científicos, aplicados á los diversos ramos de la industria. Ardua é costosísima empresa; pero, tan útil, tan previsora y tan patriótica, que vale bien la pena de los sacrificios que demande.

De aquí nacen, señores, los aplausos especiales y las especiales bendiciones que me arranca la Universidad que se proyecta. No es que yo rinda tributo al materialismo del siglo en que vivimos y crea, como algunos, que el colmo de la civilización consiste en el mayor y más perfecto desenvolvimiento de la industria humana, que proporciona cada día al hombre, ávido de goces y mejoras, mayor suma de comodidades y bienestar. Nó. Yo sé que todos los descubrimientos y todas las aplicaciones de la industria, no son sino un resultado y una consecuencia de un poder moral que las ha precedido y fuera del cual no podrían subsistir; porque sólo ahí está la savia que les da la vida. Yo sé que la verdadera civilización consiste en el elemento moral, en ese capital espiritual que es la fuente misma del capital industrial de los pueblos.

Pero sé también que en la nueva Universidad existirá esa base fundamental del progreso; que las ciencias y las artes se inspirarán en los principios cristianos, cuyo olvido ha arrojado á muchas sociedades en esas crisis violentas y terribles de las

cuales no han podido salir, sino después de grandes cataclismos. Yo sé que aquí se dará á los alumnos, en cumplido concierto, junto con las luces de la inteligencia y la habilidad para el trabajo, las bases salvadoras de la moral evangélica. Así la dádiva será completa y perfecta.

Y cierto que en parte alguna tal vez se necesita más que la Iglesia lleve el aliento vital de su doctrina y caridad, que en esos centros industriales y mercantiles, donde el afán de los negocios y la fiebre de las especulaciones i el sórdido interés de las ganancias, es la suprema ley de la vida. En parte alguna tal vez la religión es más olvidada, desconocida y menospreciada, porque acaso en ninguna parte tampoco es más profunda y general la ignorancia religiosa; ni nada sofoca tanto el espíritu como la atmósfera materialista que allí se respira.

Hubo un día, señores, en que tuve alguna influencia en la dirección de la enseñanza pública. Consagrado á ella desde mi niñez y conociendo á fondo la gravedad del mal que os he apuntado y que afectaba á la inmensa mayoría de la juventud estudiosa del país, me propuse remediarlo, aprovechando los establecimientos del Estado para derramar por todas partes el conocimiento de las aplicaciones de las ciencias al mayor número de industrias posibles. La obra exigía un trabajo colosal. No teníamos maestros idóneos, ni libros adecuados, ni talleres á propósito. Mi convicción y mi entusiasmo, superiores á la magnitud de los obstáculos, no cedieron á la fatiga ni conocieron el descanso. Estaba próximo á realizar mis benéficos propósitos, como lo expuse en varios documentos oficiales de los años 1872 y 1873, cuando la inestabilidad de mi puesto me privó de tan pura y grata satisfacción.

Después de quince años, veo que es la Iglesia la que piensa realizar mi sueño. ¡Bien por mi religión y por mi patria! Yo veo por todas partes á la Iglesia esmerándose en enseñar artes y oficios á los desheredados de la fortuna. Ahí está la casa de talleres de San Vicente de Paul; ahí está el Asilo del Patrocinio de San José con sus talleres, y los Salesianos con los suyos, y los círculos católicos de obreros y hasta las congregaciones de mujeres procurando dar todo género de industrias manuales á la parte más desvalida de la sociedad.

Ahora la veo subir más alto. La veo trepar las cumbres de la ciencia, para que sus aplicaciones á la industria humana derramen sus innumerables beneficios en todas las clases sociales. ¿Por qué especie de magnífico contraste, los hombres de oración y teología, las más altas ciencias y las ciencias más especulativas que hay sobre la tierra, son los que se esmeran en abrir nuevos horizontes al trabajo y á la industria?

Es que la Iglesia es la que más medita en las necesidades del pueblo y como madre, al fin, es la que más se afana i se desvela por llevar el pan del alma y el pan del cuerpo á los que lo necesitan! Es que, á semejanza de su Divino Fundador, la esencia de su vida consiste en pasar sobre la tierra, haciendo el bien. Es que la Iglesia es la depositaria y maestra de una palabra nueva, madre de una nueva ciencia, que trajo al mundo el Salvador del mundo; palabra y ciencia que son la savia y el compendio de toda la civilización cristiana: la caridad.

DISCURSO

DE DON JOSÉ CLEMENTE FABRES HONORABLE SENADOR

POR SANTIAGO

Ilustrísimo señor:

Señor Vicario General:

Señores:

El *morte morieris* con que fueron castigados nuestros primeros padres, por su pretensión insensata de ser iguales á Dios, ha tenido una ejecución tan amplia y tan trascendental, que ha desquiciado los fundamentos en que descansaba la armonía maravillosa de las facultades del sér inteligente y libre, á quien constituyó el Señor Dios como rey de la creación.

Ese tremendo castigo no importó sólo la muerte natural y la muerte eterna de los culpables, sino que extravió el rumbo marcado por Dios á la inteligencia del hombre, y la obscureció además con las nubes y vapores pestilentes que brotaron del cora-